Mediterrani, feb. 1945

Las últimas luchas republicanas de Blasco Ibáñez

A.P.C.E.
SIG.: 1.2 i/1525

Por Carlos Esplá

La vida de Blasco Ibáñez tiene un trazo recto, inflexible: su amor a la República. A los 16 años, escribe en Valencia un soneto contra los reyes, que lo lleva a la cárcel. A los 30 años, en Madrid, su famoso artículo "Al pasar", en el que describe su encuentro casual, en la Moncloa, con el rey niño de belfo caído, vástago enfermizo de una dinastía que agoniza. A los 60 años, escribe en el destierro su "Alfonso XIII desenmascarado". He ahí toda la historia de un reinado, a través de la obra de un escritor republicano.

Cuando en Madrid triunfa por real orden el golpe de Estado de Primo de Rivera, Blasco Ibáñez prepara su viaje alrededor del mundo. Antes de embarcar, escribe a sus amigos políticos de España: "Quisiera realizar este viejo anhelo de ver mundo. Pero, si me necesitan en España, para luchar otra vez por la República, suspenderé el viaje. En Menton sabrán en cualquier momento mi paradero. Avísenme, si hago falta". Cuando regresa del fantástico viaje, que dura varios meses, Blasco Ibáñez se traslada a París. Allí conoce la triste realidad española. Lee periódicos, notas oficiosas, habla con políticos, se informa, siente el dolor y la vergüenza de lo que ocurre en su patria . . .

El escritor ha iniciado antes de su viaje una serie de novelas históricas —algunas quedarán sin escribir— que serán exaltación patriótica de grandes figuras españolas: el Papa Luna, los Borgia, Colón, Pizarro, Cortés, Ojeda. . . Don Antonio Maura ha ofrecido al novelista un sillón en la Academia. Los periódicos reaccionarios de España hablan del ilustre escritor como de una gloria nacional, queriendo olvidar su significación política. El que no la olvida es Blasco Ibáñez.

—Hay que acabar con toda esta porquería —dice a un amigo mío, periodista, que es como si fuera yo mismo—. ¿Quiere ayudarme? Búsqueme antecedentes, datos, reúname cuanto encuentre para que esté yo bien informado. Volveré a la lucha republicana. Voy a escribir algo terrible contra esa gente. A ver si esta vez implantamos la República . . .

En un momento ha tomado la decisión, que se convierte en actividad frenética, trepidante.

Con motivo del XVII aniversario de la muerte del ilustre escritor y tribuno valenciano Vicente Blasco Ibáñez, "MEDITERRANI" se complace en dedicar gran parte de este número al recuerdo de figura tan relevante y querida.

Además de los interesantes artículos que se publican, insertamos en las páginas centrales de este número documentos gráficos inéditos y de gran curiosidad literaria para avalorar el texto. Dichos documentos han sido escogidos, entre los recuerdos familiares, y cedidos a "MEDITERRANI" por Libertad Blasco Ibáñez, hija del gran novelista, a la que hacemos patente, desde aquí, nuestro más cordial agradecimiento.

—Necesitamos una imprenta propia —dice—; ¿tendremos amigos que nos ayuden a difundir clandestinamente los escritos en España?

Blasco es hombre leal. Escribe a Maura renunciando a la poltrona académica, y explicándole los motivos. Maura le contesta en tales términos, que revela simpatía por la actitud anunciada. Escribe a los periódicos conservadores que lo elogian por sus novelas y han solicitado su colaboración, para que desistan de ella y sepan lo que va a hacer. ¡Que no haya engaño para nadie! El novelista va a poner su pluma, famosa en todo el mundo, y su fortuna personal al servicio de España: por la República y contra el rey. La orden de Nelson en Trafalgar —"Disparad al casco, no a la arboladura"— servirá de lema al folleto que dicta en muy pocos días a un mecanógrafo, en un cuarto del Hotel del Louvre, en París, frente a la Avenida de la Opera. El folleto se titula en castellano: "Una nación secuestrada. El terror militarista en España". Para las traducciones al francés encuentra otro título más directo y sugestivo: "Alfonso XIII desenmascarado". En castellano se hace una tirada de un millón de ejemplares. En francés, de 150.000. Como Blasco esperaba, el folleto causa sensación. El Hotel del Louvre se llena de periodistas, especialmente norteamericanos, que solicitan declaraciones del novelista. Lo aturden con sus preguntas:

—¿Cómo introducirá usted los folletos en España?

Blasco contesta misteriosamente:

—Los arrojarán desde las nubes mis aviones. He comprado dos aparatos para ello... Pero eso no conviene que lo digan ustedes... Podría causar a Francia dificultades diplomáticas...

El novelista no miente, sin embargo. Se anticipa tan sólo a su deseo. En la acción, se le adelanta su propia fantasía.

—¿Sabe usted que no estaría mal eso de los aviones? —comenta luego con mi amigo el periodista.

El novelista acaba por creer en la realidad de sus aeroplanos imaginarios, volando sobre España. Y algunos españoles, también. De Valencia escriben que los han visto volar.

El procedimiento para introducir los folletos en España es, desde luego, más modesto y lento, con gran desesperación de Blasco, que se debate en una actividad impaciente: un exportador de vinos de Alicante, excelente republicano, tiene que recibir desde Séte una importante partida de bocoyes vacíos. En estos envases se acondicionan los impresos, repartiéndolos de modo que pueda quedar disimulado el matute. Cuando descarga el barco en Alicante, uno de los bocoyes se desprende de la grúa y se estrella en el suelo, descubriendo sus tripas subversivas, que se esparcen por el muelle. Los obreros de la descarga ocultan los folletos rápidamente, ayudados —¡sorprendente colaboración!— por carabineros y guardamuelles, celosos representantes de la autoridad. A cambio del servicio y de la complicidad, sólo piden aquellos funcionarios algunos folletos para leerlo y repartirlos entre sus compañeros.

El folleto corre en España como un fuego de pólvora. Y lo mismo por todo el mundo. Cada día llegan al Hotel del Louvre demandas de autorización para nuevas traducciones. Se traduce a todas las lenguas europeas y también al hebreo, al árabe y al japonés; se edita en los lugares más apartados de la tierra. Blasco Ibáñez deja que lo traduzcan y publiquen sin reclamar derechos de autor. Está satisfecho del efecto logrado en todas partes. Pero, ¿y en España? Los españoles han devorado el folleto. En Valencia y en alguna otra ciudad se han hecho ediciones clandestinas. Todo el mundo lo ha leído y lo comenta. Cuando la censura de Correos o algún agente logran incautarse de un paquete de estos impresos, desaparecen los ejemplares en el mismo centro oficial. Los propios funcionarios de la Dictadura se los llevan a casa o a la peña del café para leerlo.

El biznieto de Fernando VII se lamenta:

—Me lo tengo merecido por no haber dado importancia a ese hombre...

Los oscuros guerreros del Directorio se desesperan. Organizan la manifestación de alcaldes, con monterillas vestidos de musgo, para desagraviar al mo-

narca. Ordenan suprimir las lápidas que en Valencia y otras ciudades dan el nombre de Blasco Ibáñez a calles y plazas. Un coronel de la Guardia civil propone que se le quite la nacionalidad española. El novelista se apresta al contraataque:

—El folleto ha sido fuego de artillería, —dice con entusiasmo—. Ahora dispararemos la ametralladora.

Y se funda en París un semanario, "España con Honra", título que da el mismo Blasco, recordando el grito del 68 contra la "raza espúrea de los Borbones". En "España con Honra" escriben semanalmente Blasco Ibáñez, Unamuno y otros periodistas desterrados. Los dos escritores se conocen, se quieren, pero son dos temperamentos distintos y distantes. Unamuno admira en Blasco al autor de "La barraca" que califica de "poema valenciano", pero mira con recelo de aldeano vasco al novelista famoso y rico de la última época. Blasco Ibáñez, por su parte, admira y quiere también a Unamuno, pero lo desconciertan su contradicciones y paradojas. El encuentro de los dos escritores en París es conmovedor. Se abrazan. Hablan los dos a un mismo tiempo. Se interrumpen mutuamente. No se dejan terminar las frases. Hace más de siete años que no se han visto.

—Don Miguel, ¿sabe a quien se le parece usted, ahora? . . .

—Sí, lo sé; a Venizelos. Me lo han dicho . . .

—No, no . . .

—Sí, sí; a Venizelos . . .

—No, no; a Pi y Margall . . .

Y el diálogo prosigue como dos monólogos que chocan. Los dos españoles están de acuerdo en luchar contra la Dictadura. Pero no parece posible poner concierto en su conversación, pausa en sus soliloquios.

La ofensiva dictatorial contra Blasco Ibáñez adquiere gran violencia. Llueven en el Hotel del Louvre amenazas y anónimos, firmados por "Los caballeros de la Patria" o por "Los defensores del Rey . . ." Los pensionados de la tiranía, espadachines con nómina —entre ellos un profesor de esgrima, "proveedor de la Real Casa"— desafían al novelista. Un hidalgo español, de 58 años, dedicado en Puerto Rico al pacífico comercio de "Representaciones, Importación y Exportación" se contagia de heroísmo caballeresco y envía un cable a Blasco Ibáñez: "Te reta a muerte un español. Dime dónde y cuándo quieres batirte. Cerecedo". Blasco recuerda en "España con Honra" que se ha batido varias veces, y dos de ellas ha sido herido gravemente en duelo. No necesita, pues, probar ya su valor. Está dispuesto a batirse, pero sólo con las personas que él ha atacado: Alfonso XIII o Primo de Rivera. No acepta desafíos por delegación. Un cronista francés le explica donosamente que incurre en un error histórico: "Los reyes y los generales —escribe— han tenido siempre la curiosa costumbre de conceder a otros el honor de que se maten en su nombre."

Para difamar al novelista, sus enemigos dicen que su campaña política contra el rey obedece exclusivamente a su afán de ganar dinero:

—Pero ¡si yo soy más rico que el rey! —contesta.

Un amigo francés advierte a Blasco que han llegado a París unos sujetos sospechosos, enviados, sin duda, por el personaje sombrío de la Dictadura. La policía francesa los vigila.

—No podrán hacer nada contra mí —comenta el escritor, curtido en las luchas políticas—. No soy supersticioso, pero creo en mi buena estrella. Si atentaran contra mí, le alcanzarían los tiros a quien me acompañara: a Ramón el chófer, por ejemplo . . .

Y tan convencido está Blasco de su condición inmune, que teme por Ramón, el chófer, y cuando lo ve le recomienda cariñosamente:

—Lleva mucho cuidado. No olvides la pistola.

El luchador republicano desdeña cuanto se escribe en España contra él. Echa al cesto de los papeles, sin terminar su lectura, las cartas de insulto que recibe. Prepara el segundo folleto de su campaña republicana. Al anunciarlo, se extiende al extranjero la ofensiva de injurias y amenazas hecha hasta en-

tonces en España. Merry del Val, embajador del rey y no de España en Londres, consigue que los libreros ingleses retiren de los escaparates los folletos de Blasco y se nieguen a venderlo. Interviene Cunningham Graham, aquel famoso don Roberto, Quijote escocés que fué siempre el embajador de la cultura española en las islas Británicas, y continúa vendiéndose y exhibiéndose en los escaparates el libro demoledor. En la Italia fascista, donde los editores no pagan derechos de autor a Blasco, que es allí un novelista popular, y que tampoco quieren perder el beneficio que obtienen con la venta de sus novelas, ponen a éstas unas fajas llamando a Blasco Ibáñez "porco romanziere". En Francia, Quiñones de León, esbirro diplomático, más Fouché que Talleyrand, se decide, al fin, instigado desde Madrid, a presentar una querella criminal contra el autor, el traductor y el editor de "Alfonso XIII desenmascarado". Los periódicos franceses de izquierda protestan: "Blasco Ibáñez es nuestro huésped sagrado" —escriben. Y comparan los leales servicios del gran novelista, que ha sido un ardiente defensor de Francia en los días dramáticos de Verdún, con la sospechosa doblez del Borbón y Habsburgo, que hizo de la neutralidad una forma cobarde de la germanofilia. Diputados radicales y socialistas interpelan al gobierno francés, que preside Eduardo Herriot, amigo y admirador del novelista. El gobierno no ha podido evitar que la querella siga su trámite legal, pero las palabras de Herriot en la Cámara revelan cuán doloroso le resulta en esta caso la aplicación de la ley. Paul-Boncour, Laffont, otros diputados, dicen que el glorioso novelista se encuentra bajo la protección de Francia. Condenarlo a instancias del monarca español sería una ingratitud. Marius Moutet, que fué defensor de Caillaux y ha aceptado la defensa de Blasco Ibáñez, exclama, amenazador, desde su escaño de diputado:

—Si la Dictadura española quiere su proceso en Francia, lo tendrá.

Moutet cita a un centenar de personalidades de renombre mundial —escritores, políticos, hombres de ciencia. . .— para que asistan como testigos al proceso y den su opinión sobre la dictadura española. Quiñones teme el escándalo y retira prudentemente la querella.

Pero en España sigue la persecución contra el novelista. Sus bienes son embargados. Se prohibe la venta de sus libros y con algunos de ellos se hacen hogueras en plazas públicas.

La ametralladora de "España con Honra" continúa disparando sus ráfagas semanales. Blasco Ibáñez pone como lema a sus escritos: "El novelista y el rey. La verdad está en marcha". Vuelve a ser el vigoroso periodista de combate de sus primeros tiempos de "El Pueblo" de Valencia. El semanario escrito en el destierro se introduce en España por los medios menos sospechados. Amigos de Blasco Ibáñez, comerciantes republicanos establecidos en Orán y Gibraltar, organizan los envíos clandestinos a España. Cuando se publica el segundo folleto, "Lo que será la República Española", en forma de manifiesto "Al país y al Ejército", como el del 13 de Septiembre, algunos españoles lo encuentran flojo, tibio, conservador. Se trata, en efecto, de un programa moderado, de República democrática y liberal, libre de extremismos, que es, a juicio de Blasco, la única viable en España. No es un manifiesto de partido, sino, como explica su autor: "la opinión de un escritor que ama a su patria y que la ha servido mejor que sus generales dictadores" y a quien sus lecturas y viajes por todo el mundo han dado una gran experiencia política.

Para defender su posición netamente republicana, el escritor ha de polemizar no sólo con los folicularios de la tiranía, que lo acusan de anarquista y antipatriota, y dicen de él, como es natural, que está vendido al "oro extranjero", sino también con los extremistas de izquierda, que se declaran defraudados ante la prudencia política del caudillo republicano y lo acusan de reaccionario y, como es natural también, de vendido al "capitalismo internacional". Blasco Ibáñez contesta a es-

tos últimos con argumentos directos, claros, sencillos:

—¿Queréis que intentemos desde ahora todas las experiencias utópicas; que, desde el primer momento, antes de consolidar el régimen naciente, nos expongamos a perderlo con peligrosas aventuras demagógicas en busca de un irrealizable ensueño de perfección social? Entonces ¿qué tendréis que hacer, luego, vosotros? Os aburriríais, si nosotros lo hiciéramos todo. Dejadnos implantar y consolidar nuestra República democrática, para dar a España un régimen de dignidad, de libertad y de progreso. Mejoradla más tarde vosotros, si podéis.

—¿Defectos de la República? —polemiza en otro momento—. Los conozco: son setecientos más de los que vosotros señaláis. Pero cualquier otro régimen tiene siete millones más de defectos.

El escritor republicano busca a los políticos españoles que pueden ofrecer una garantía de orden y estabilidad al régimen que desea implantar en España. Ofrece su persona y su fortuna entera para la acción necesaria. Pero no encuentra en otros el fervor impaciente que pone él en la empresa. La evolución republicana de la opinión española le parece más lenta de lo que él quisiera.

Don Vicente lleva gastados ya en la edición de periódicos y folletos para atacar a la monarquía algunos centenares de miles de francos.

—Por grande que sea mi fortuna —reflexiona— no voy a poder luchar yo solo contra el Tesoro de una nación.

No se desanima ,sin embargo, pero teme ver desviada la acción trepidante y arrojada que soñara hacia la pequeña lucha cotidiana y desmayada de los conspiradores frustrados o hacia las bajas intrigas de una política de grupos y capillitas.

—¿Es ésa mi labor? ¿Es éso lo que debo de hacer?—se pregunta.

Durante más de un año ha abandonado sus trabajos literarios. Los editores le reclaman los libros ofrecidos: las crónicas de la vuelta al mundo y las novelas históricas de los grandes españoles. Los directores de cine vienen a Europa para consultarle detalles de realización de alguna película suya. Los días tristes, nublados, plomizos, de París dejan al novelista hundido en un sillón, silencioso, con los ojos cerrados, como enfermo o rendido en lucha interior con el mundo imaginario de sus creaciones literarias. Esos días, Blasco no quiere visitas ni conversación con nadie. Cuando, a la mañana siguiente, luce un tibio rayo de sol, el escritor se anima, alegre de vivir, como despejado de una pesadilla o libre de un hechizo. Habla con fuego, con gozo sano y fuerte, con exuberancia mediterránea.

—Hizo usted bien en no decirme nada ayer —explica a mi amigo, el periodista—. Tenía una novela en la cabeza, aquí metida. Es tremendo. Es como una preñez. Necesito escribirla, librarme de ella.

Recuerda entonces su jardín de Menton, —bajo el cielo y junto al mar de la Costa Azul—, jardín que lleva el nombre poético de "Fontana-Rosa", lleno de flores, de palomas, de fuentes, de pergolas, de azulejos valencianos, de bustos de sus maestros —Cervantes, Dostoievski, Boccaccio, Flaubert, Dickens, Víctor Hugo, Zola, Balzac, Tolstoi . . .

—Necesito trabajar, producir —dice—. Escribo como la madre que da vida a su hijo, dolorosamente, sin saber si será hermoso o feo, y sin arrepentirse jamás de este suplicio necesario.

El novelista vuelve entonces a su jardín de Menton, a su biblioteca, a sus cuartillas, a la creación de su fantástico mundo novelesco. Prepara una novela irreverente, demoledora, contra los prejuicios religiosos: "Los progresos del Infierno"; y otra que será un himno a la paz, una maldición contra la guerra: "La Juventud del Mundo". No llegará a escribir ninguna de las dos. Piensa, también, escribir los "Recuerdos" de su vida literaria y editar en Francia una gran revista española que se titulará "Literatura".

En adelante, dividirá el tiempo entre su producción literaria, a la que consagra en Menton doce o catorce horas diarias, y la lucha política que prosi-

A.P.C.E.
S.G.

tos últimos con argumentos directos, claros, sencillos:

—¿Queréis que intentemos desde ahora todas las experiencias utópicas; que, desde el primer momento, antes de consolidar el régimen naciente, nos expongamos a perderlo con peligrosas aventuras demagógicas en busca de un irrealizable ensueño de perfección social? Entonces ¿qué tendréis que hacer, luego, vosotros? Os aburriríais, si nosotros lo hiciéramos todo. Dejadnos implantar y consolidar nuestra República democrática, para dar a España un régimen de dignidad, de libertad y de progreso. Mejoradla más tarde vosotros, si podéis.

—¿Defectos de la República? —polemiza en otro momento—. Los conozco: son setecientos más de los que vosotros señaláis. Pero cualquier otro régimen tiene siete millones más de defectos.

El escritor republicano busca a los políticos españoles que pueden ofrecer una garantía de orden y estabilidad al régimen que desea implantar en España. Ofrece su persona y su fortuna entera para la acción necesaria. Pero no encuentra en otros el fervor impaciente que pone él en la empresa. La evolución republicana de la opinión española le parece más lenta de lo que él quisiera.

Don Vicente lleva gastados ya en la edición de periódicos y folletos para atacar a la monarquía algunos centenares de miles de francos.

—Por grande que sea mi fortuna —reflexiona— no voy a poder luchar yo solo contra el Tesoro de una nación.

No se desanima ,sin embargo, pero teme ver desviada la acción trepidante y arrojada que soñara hacia la pequeña lucha cotidiana y desmayada de los conspiradores frustrados o hacia las bajas intrigas de una política de grupos y capillitas.

—¿Es ésa mi labor? ¿Es éso lo que debo de hacer?—se pregunta.

Durante más de un año ha abandonado sus trabajos literarios. Los editores le reclaman los libros ofrecidos: las crónicas de la vuelta al mundo y las novelas históricas de los grandes españoles. Los directores de cine vienen a Europa para consultarle detalles de realización de alguna película suya. Los días tristes, nublados, plomizos, de París dejan al novelista hundido en un sillón, silencioso, con los ojos cerrados, como enfermo o rendido en lucha interior con el mundo imaginario de sus creaciones literarias. Esos días, Blasco no quiere visitas ni conversación con nadie. Cuando, a la mañana siguiente, luce un tibio rayo de sol, el escritor se anima, alegre de vivir, como despejado de una pesadilla o libre de un hechizo. Habla con fuego, con gozo sano y fuerte, con exuberancia mediterránea.

—Hizo usted bien en no decirme nada ayer —explica a mi amigo, el periodista—. Tenía una novela en la cabeza, aquí metida. Es tremendo. Es como una preñez. Necesito escribirla, librarme de ella.

Recuerda entonces su jardín de Menton, —bajo el cielo y junto al mar de la Costa Azul—, jardín que lleva el nombre poético de "Fontana-Rosa", lleno de flores, de palomas, de fuentes, de pergolas, de azulejos valencianos, de bustos de sus maestros —Cervantes, Dostoievski, Boccaccio, Flaubert, Dickens, Víctor Hugo, Zola, Balzac, Tolstoi . . .

A.P.C.E.
SIG.:

—Necesito trabajar, producir —dice—. Escribo como la madre que da vida a su hijo, dolorosamente, sin saber si será hermoso o feo, y sin arrepentirse jamás de este suplicio necesario.

El novelista vuelve entonces a su jardín de Menton, a su biblioteca, a sus cuartillas, a la creación de su fantástico mundo novelesco. Prepara una novela irreverente, demoledora, contra los prejuicios religiosos: "Los progresos del Infierno"; y otra que será un himno a la paz, una maldición contra la guerra: "La Juventud del Mundo". No llegará a escribir ninguna de las dos. Piensa, también, escribir los "Recuerdos" de su vida literaria y editar en Francia una gran revista española que se titulará "Literatura".

En adelante, dividirá el tiempo entre su producción literaria, a la que consagra en Menton doce o catorce horas diarias, y la lucha política que prosi-

gue infatigable en sus frecuentes viajes a París.

Blasco Ibáñez no acepta pacto ni compromiso con la monarquía. Quien no esté dispuesto a luchar por la República no puede contar con él. El es, ha sido y será siempre republicano. Para él escribió su verso Víctor Hugo:

"Si sólo queda uno, ése seré yo".

Por la República está dispuesto a darlo todo, hasta la vida.

—¿No cree usted —dice a mi amigo— que sería un hermoso final de mi vida morir al frente del pueblo, luchando por la República? A veces he soñado con esa muerte para mí, no sé si por romanticismo o, simplemente, por "cabotinismo" literario... Es mucho mejor morir así, que en la cama, de una pulmonía.

Recuerda que no es nueva en él esta vocación al sacrificio. Cierta vez, comiendo en casa de Calman-Levy, Anatole France le había hablado del "sacrificio por las ideas".

—Yo he ido a presidio por las mías —contestó Blasco Ibáñez—. Aún tengo metido en los huesos el frío y la humedad de los muros de San Agustín. Y hace ya de eso treinta años...

Anatole France no había querido decir tanto. El creador de "monsieur Bergeret" se había referido, más bien, a "sacrificios teóricos".

—Y estoy dispuesto a morir por mis ideas —añadió Blasco.

Anatole France desvió la conversación. No quería comprometerse demasiado ante aquel tremendo español, irreflexivo y temerario, que había llevado su vida —su mejor novela, según el propio Anatole— con ritmo heroico, mientras la suya, la del escritor francés, necesitaba, para ser grata y fecunda, el polvo de los libros viejos, el calor de las zapatillas caseras, la caricia a las cosas menudas, las telarañas eruditas de lo antiguo y el perfume de "madame", ángel custodio y tutelar. Ir a la cárcel por las ideas, parecía excesivo al prudente y escéptico autor de "La isla de los pingüinos". Morir por ellas, sería ya caer en la pura aberración.

Blasco está contento de haber hecho tambalear el trono con sus escritos demoledores. Siente el orgullo de su última actividad de luchador republicano. Cree que ha cumplido con su deber de español:

—Pude haber permanecido indiferente ante los males de mi patria —explica con orgullosa satisfacción—. Pero la gente recordaría mi ignominia. No dirán de mí: "Hubo un escritor conocido en todo el mundo, que pudo protestar contra el despotismo y no lo hizo por cobardía, comodidad y egoísmo..." Prefiero que digan: "Pudo mantenerse al margen del combate y prefirió tomar parte en la lucha, en el puesto más avanzado y arriesgado, y sacrificarlo todo al servicio de España y de la República".

* * *

A fines del año 27, Blasco se siente enfermo: "Me encuentro mejor, pero de la vista estoy mal. ¡Resignación!" —escribe a un amigo. ¿Resignarse Blasco? ¿Resignarse aquella fuerza sin freno, en acción constante? Parece increíble. Vuelve el escritor a París, en busca de médicos y remedios. Pocos días después, debe tomar parte en un acto conmemorativo del centenario del Romanticismo. El novelista escribe su discurso: "Víctor Hugo, primer poeta romántico español". Cuando Blasco Ibáñez aparece, al lado de Herriot, en el amplio escenario del Trocadero, sus amigos, que asisten a la ceremonia, observan con angustia: "¡Parece un muerto!". Está pálido, cadavérico. El frac le cae como una mortaja. Al salir del acto, Blasco se lamenta:

—No me encuentro bien. Mañana nos volvemos a Menton. Necesito sol y mar.

La enfermedad hace presa fuertemente en el cuerpo robusto del luchador. No lo suelta ya sino para entregarlo a la muerte. En sus últimas horas, en sus fugaces delirios, dialoga misteriosamente con un personaje invisible. Es Víctor Hugo. Concierta con el poeta muerto una cita imaginaria. En un momento de lucidez, pide que, si muere, no lo entierren en España mientras su patria esté deshonrada por la tiranía.

El 28 de enero de 1928 muere Blasco

Ibáñez en el destierro. Julio Just trae de Valencia un puñado de tierra valenciana arrancada de la huerta jugosa de "La Barraca". Sobre el corazón extinto del novelista cae la tierra maternal. La "senyera" valenciana envuelve su cadaver. Tropas francesas le rinden honores militares. La roseta de la Legión de Honor brilla sobre el féretro, que llevan a hombros desterrados españoles e italianos. Y en el pequeño cementerio de Menton, sobre una colina que parece avanzar hacia el mar "como una fabulosa nave cargada de reliquias", quedó el cuerpo de Blasco esperando la resurrección republicana de su patria. "Su muerte—dirá Unamuno—ha sido un acto civil, un acto de vida".

A.P.C.E.
SIG.:

Vicente Blasco Ibáñez, periodista

Por José Manaut

Hablar de Vicente Blasco Ibáñez como novelista, es verdaderamente empresa superior a mis modestas disciplinas, encauzadas —precisamente a su lado— hacia la crítica de arte; razón por la cual me limitaré en esta ocasión a bosquejar ligeramente la figura del gran valenciano en sus primeros años de periodista.

Comenzó Blasco su carrera periodística en las columnas del diario vespertino de Valencia "El Correo", dirigido entonces por el notable y modesto escritor Ramiro Ripollés, hombre de arraigadas convicciones liberales.

En "El Correo" trabajó Blasco como gacetillero, al lado de quienes después fueran ilustres poetas vernáculos: José Ma. de la Torre y Pedro Bonet Alcantarilla. Fué en su aprendizaje periodístico en aquel diario, cuando encontró ocasión para ofrecer a su director la lectura de sus primeras novelas. El señor Ripollés apercibió en aquellas páginas lo que después había de ser Vicente Blasco Ibáñez, y en el folletín de "El Correo" se publicaron las primeras novelas del autor de "La barraca"; entre ellas destacó "Romeu el guerrillero", en que dió forma novelada a la epopeya del gran patriota saguntino, héroe de la lucha del pueblo valenciano contra Napoleón.

Valencia y España deben a Ramiro Ripollés el que diera oportunidad a Blasco para presentarse como novelista, principio que había de conducirle hasta la fama universal. Desde el principio, la vida de Blasco es una llama constante. Lo dice elocuentemente el hecho de que, apenas a los 18 años, encaramado, a horcajadas sobre los hombros de unos estudiantes compañeros, arengara tribuniciamente a los escolares, en una de las plazas de Valencia, para manifestarse contra la inicua disposición de un ministro de Cánovas del Castillo, que había destituído de sus cátedras en la Universidad de Madrid a profesores tan eminentes como Salmerón, Morayta, Azcárate, Sanz del Río, y otros, por sólo ser 'liberales".

Ordenada entonces la detención de Blasco, pudo éste eludir la persecución de la policía monárquica y llegar a París. Desde allí principió a enviar cartas a "El Correo", en las que describía sus impresiones sobre la gran ciudad con tanta brillantez y colorido, que pronto el público se sintió atraído hacia aquel jovenzuelo que comenzaba a destacar poderosamente entre los buenos periodistas que escribían en los diarios "Las Provincias" y "El Mercantil Valenciano". Aquellas cartas aparecidas en "El Correo" se reunieron en un volumen, y con el título de "París" han sido reimpresas ahora en México.

Una amnistía permitió a Blasco regresar a Valencia, reanudando así su trabajo periodístico en "El Correo". Es entonces, a su alrededor, en la "peña" llamada "del piano", del café España, sito en la desaparecida Bajada de San Francisco, cuando se formó el núcleo de que había de salir el gran partido republicano de Valencia. Eran obreros y estudiantes, periodistas y pintores, comerciantes y escultores, los que diariamente acudían allí a oír las interpretaciones musicales de quien luego fuera pianista eminente: José Bellver. Blasco, a raíz de su emigración a París, se adscribió al Partido republicano progresista, que dirigía Ruiz Zorrilla desde su destierro. Pero, tras una estancia en Madrid, como amanuense del gran novelista Fernández y González, Blasco Ibáñez, habiendo sido presentado a Pí y Margall, ingresó en las filas del Partido Federal pactista. Inmediatamente, agrupados los jóvenes amigos de Blasco, con éste a la cabeza, dedicáronse a aprovechar los domingos y días festivos para propagar por la ciudad y la provincia las ideas, 'extremistas" en aquel